

Sapo y Sepo, inseparables

Arnold Lobel

Ilustraciones del autor



Una lista

Una mañana,
Sepo se sentó en la cama.
—Tengo muchas cosas
que hacer—dijo—.
Las escribiré todas
en una lista
para que no se me olviden.
Sepo escribió
en una hoja de papel:

*Lista de cosas
que tengo que hacer hoy*

Luego, escribió:

Despertarme



—Ya lo he hecho—dijo Sepo.
Y lo tachó:

Despertarme

Después, Sepo escribió
más cosas en el papel.

*Lista de cosas que tengo
que hacer hoy*

Desayunar

Vestirme

Ir a casa de Sapo

Dar un paseo con Sapo

Comer

Jugar con Sapo

Cenar

Dormir



—Bueno, ya está—dijo Sepo—. Ahora ya tengo anotado todo lo que tengo que hacer hoy. Se levantó de la cama y desayunó. Enseguida, Sepo tachó:

Desayunar

Sepo sacó
su ropa del ropero
y se vistió.
Después tachó:

Vestirme

Sepo se metió la lista
en el bolsillo.



Abrió la puerta y salió.
Era una hermosa mañana.



Enseguida llegó Sepo a casa de
Sapo.
Sacó la lista del bolsillo y
tachó:

Ir a casa de Sapo

Sepo llamó a la puerta.

—Hola—dijo Sapo.

—Mira la lista de cosas que tengo que hacer hoy

—dijo Sepo.

—Oye, Sepo—dijo Sapo—, es una lista estupenda.

Sepo, dijo:

—La lista dice que vamos a dar un paseo.

—Muy bien—dijo Sapo—, pues vamos.



Sapo y Sepo se fueron a dar un largo paseo.

Después, Sepo sacó otra vez su lista del bolsillo.

Y tachó:

~~Dar un paseo con Sapo~~

En ese momento empezó a soplar un viento muy fuerte.

Arrancó la lista de las manos de Sepo y se la llevó volando por los aires.



¡Horror!—gimió Sepo—.

Mi lista se va volando.

¿Qué voy a hacer sin mi lista?



—Ven, corre—dijo Sapo—.
Vamos de prisa
y la atraparemos.
—¡No puedo!—exclamó Sapo—.
¡No puedo hacer eso!
—¿Por qué?—preguntó Sapo.
—Porque correr detrás de mi lista
—explicó lloriqueando Sapo—
no es una de las cosas
que tengo escritas en mi lista
de las cosas que tengo que hacer hoy.

Sapo corrió detrás de la lista.
Corrió por valles y colinas,
pero la lista volaba más y más lejos...
Por fin, Sapo volvió junto a Sapo.
—Lo siento—jadeó Sapo—, lo siento,
no he podido alcanzar la lista.
—¡Qué desastre!—dijo Sapo—.



No me acuerdo
de ninguna de las cosas
que había en mi lista
de las cosas que tenía que hacer hoy.
Así que tendré que quedarme aquí
sentado sin hacer nada.

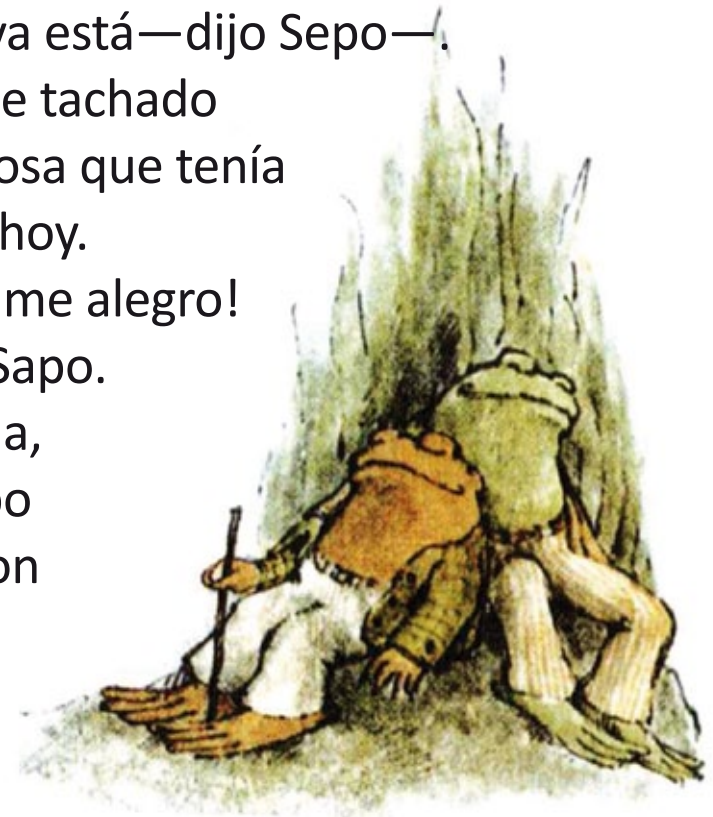


Sepo se sentó y no hizo nada.
Sapo se sentó a su lado.
Después de muchísimo rato,
Sapo dijo:
—Sepo, se está haciendo de noche.
Deberíamos irnos a dormir ya.

—¡Dormir!—exclamó Sepo—.
¡Esa era la última cosa
que estaba escrita en mi lista!
Sepo escribió en el suelo
con un palo:
Dormir.
Y luego lo tachó:

Dormir

—Bueno, ya está—dijo Sepo—.
Ahora ya he tachado
la última cosa que tenía
que hacer hoy.
—¡Cuánto me alegro!
—suspiró Sapo.
Y enseguida,
Sapo y Sepo
se quedaron
dormidos.



El jardín

Sapo estaba trabajando en su jardín.

Sepo pasó por allí.

—¡Qué jardín tan bonito tienes, Sapo!—dijo.

—Sí—contestó Sapo—, es muy bonito, pero da mucho trabajo.

—Me gustaría tener un jardín—dijo Sepo.

—Toma, aquí tienes unas semillas—dijo Sapo—.

Siémbrales en la tierra, y enseguida tendrás un jardín con flores.



—¿Cuándo es enseguida?

—preguntó Sepo.

—Muy pronto—le contestó Sapo.



Las semillas no crecían,
Sapo se agachó,
puso su cabeza cerca de la tierra
y gritó bien fuerte:
—¡Semillas, empiecen a crecer!
Sapo volvió a mirar la tierra.
Las semillas no crecían.

Sapo se fue de prisa a su casa
y sembró las semillas.
—Ahora, semillas
—dijo Sapo—, ya pueden
empezar a crecer.
Paseó de un lado a otro
varias veces.





Sepo pegó la cabeza a la tierra
y gritó con todas sus fuerzas:
—¡Eh, semillas, les he dicho
que empiecen a crecer!
Sapo se acercó corriendo por el camino.
—¿Por qué gritas tanto?—preguntó.
—Las semillas no crecen—explicó Sepo.
—Gritas demasiado—dijo Sapo—.
Esas pobres semillas está asustadas
y les da miedo crecer.
—¿A mis semillas les da miedo
crecer?—preguntó Sepo.



—Pues claro que sí—dijo Sapo—.
Déjalas tranquilas
durante unos pocos días.
Espera a que les dé el sol
y a que les caiga la lluvia
y enseguida tus semillas
empezarán a crecer.

Aquella noche,
Sepo miró por la ventana.
—¡Qué rabia!—dijo Sepo—.
Mis semillas no han empezado
a crecer todavía.
Seguramente
les da miedo la oscuridad.
Sepo salió al jardín
con algunas velas.
—Les leeré un cuento
a las semillas—dijo Sepo—.
Así no tendrán miedo.



Sepo les leyó a sus semillas
un cuento bastante largo.

Durante todo
el día siguiente
Sepo les cantó
canciones
a sus semillas.



Y durante el otro día
después del siguiente
Sepo leyó poesías
a sus semillas.

Y durante el día
que siguió al otro
después del siguiente,
Sepo estuvo
tocando música
para sus semillas.



Sepo miró la tierra.
Las semillas
no habían empezado
a crecer todavía.
—¿Qué más puedo hacer?
—se preguntó Sepo—.
¡Estas deben de ser las semillas
más miedosas del mundo entero!



Y entonces, Sepo se sintió
cansadísimo y se quedó dormido.

—¡Sepo, Sepo, despierta!
—le llamó Sapo—.
¡Mira tu jardín!
De la tierra brotaban
plantitas verdes.



—¡Por fin mis semillas
han perdido el miedo a crecer!
—exclamó Sapo.
—Ahora tú también
tendrás un jardín bonito
—dijo Sapo.
—Sí—dijo Sapo—,
Pero tu tenías razón, Sapo.
Un jardín
da muchísimo trabajo.



Las galletas

Sepo hizo unas galletas.

—Estas galletas huelen estupendamente—dijo Sepo.

Se comió una.

—Y saben todavía mejor que huelen —dijo.

Fue de prisa a casa de Sapo.

—Oye, Sapo—dijo Sepo—.

Toma, prueba estas galletas; las he hecho yo.



Sapo se comió una galleta y dijo:
—¡Estas son las mejores galletas que he comido en mi vida!

Sapo y Sepo se comieron
una tras otra,
muchísimas galletas.

—¿Sabes lo que te digo, Sepo?
—dijo Sapo con la boca llena—,
que me parece que deberíamos
parar de comer.
Nos vamos a enfermar.

—Tienes razón—dijo Sepo—.
Vamos a comernos una galleta más
y paramos.

Sapo y Sepo se comieron
la última galleta.

Todavía quedaban en el pocillo
muchas galletas más.

—Oye, Sapo—dijo Sepo—, vamos
a comernos otra galleta más
y luego paramos.

Sapo y Sepo se comieron
otra última galleta.





—¡Tenemos que parar de comer!
—exclamó Sapo, mientras comía
otra galleta.
—Sí—dijo Sapo tomando otra galleta—,
tenemos que tener fuerza de voluntad.
—¿Qué es fuerza de voluntad?
—preguntó Sapo.



—Fuerza de voluntad—dijo Sapo—
es proponerse en serio no hacer algo
que es lo que de verdad quieres hacer.
—¿Por ejemplo, proponernos en serio
no comer todas esas galletas?
—preguntó Sapo.
—Eso es—contestó Sapo.



Así que Sapo ató la caja
con un cordel.

—Bueno, ya está—dijo—,
así ya no comeremos más galletas.

—Pero podemos cortar el cordel
y abrir la caja—observó Sepo.

—Es verdad—admitió Sapo.

Sapo metió las galletas en una caja.

—Bueno ya está—dijo—,
así ya no comeremos más galletas.

—Pero podemos abrir esa caja
—observó Sepo.

—Es verdad—admitió Sapo.





—Pero podemos
subir por la escalera,
bajar la caja,
cortar el cordel
y abrir la caja
—observó Sepo.
—Es verdad—admitió Sapo.
Así que subió por la escalera
y bajó la caja
de lo alto del aparador.
Cortó el cordel
y abrió la caja.

Así que Sapo trajo una escalera.
Puso la caja en lo alto
del aparador.
—Bueno, ya está,
así ya no comeremos más galletas.

Sapo sacó la caja al jardín.
Llamó con todas sus fuerzas:
—¡Eh, pajaritos aquí tienen galletas!
Llegaron pajaritos de todas partes.
Atraparon las galletas con el pico
y se fueron volando.
—Ahora ya no queda ninguna galleta
que comer—dijo Sepo tristemente—.
No han dejado ni una.



—Es verdad—dijo Sapo—,
pero tenemos montones y montones
de fuerza de voluntad.
—Te la puedes quedar toda,
Sapo—dijo Sepo—,
Yo me voy a casa...
para hacerme una tarta.



Dragones y gigantes

Sapo y Sepo habían estado leyendo un libro juntos.

—Los personajes de este libro son muy valientes—dijo Sepo—. Luchan contra dragones y gigantes y nunca tienen miedo.
—¿Seremos nosotros valientes?
—dijo Sapo.

Sapo y Sepo se miraron en el espejo.



—Pues, sí, parecemos valientes
—dijo Sapo.
—Sí, pero ¿lo somos de verdad?
—preguntó Sepo.



Sapo y Sepo salieron de la casa.
—Podemos probar a escalar
esta montaña—dijo Sapo—,
así sabremos
si somos valientes.
Sapo empezó a trepar
dando saltos de roca en roca.
Sepo subía detrás de él
resoplando y jadeando.

Llegaron hasta la entrada
de una cueva oscura.
Una enorme serpiente
salió de la cueva.
—¡Qué visita tan apetitosa!
—dijo la serpiente al ver a Sapo y Sepo.
Y abrió una boca enorme.
Sapo y Sepo salieron disparados.
Sepo temblaba.
—¡No tengo nada de miedo!
—exclamó.





Siguieron escalando.
Y, de pronto,
oyeron un gran estruendo.
Un montón de rocas enormes
caía rodando montaña abajo.
—¡Es una avalancha!—gritó Sepo.



Sapo y Sepo
se alejaron de allí
a todo correr.
Sapo temblaba.
—¡No tengo nada de miedo!
—exclamó.

Llegaron a la cima
de la montaña.
La sombra de un halcón
planeó sobre ellos.
De un salto, Sapo y Sepo
se escondieron bajo una roca.
El halcón se alejó volando.



—¡No tenemos ningún miedo!
—exclamaron al mismo tiempo Sapo
y Sepo.

Bajaron la montaña
a toda velocidad.
Pasaron corriendo
por donde había caído
la avalancha.
Pasaron corriendo
por delante de la cueva
donde habían visto a la serpiente.
Y siguieron corriendo
hasta llegar
a casa de Sapo.



—Sapo, me alegro muchísimo
de tener un amigo
tan valiente como tu—dijo Sepo.
Se metió en la cama
y se tapó la cabeza
con las sábanas.
—Y yo estoy muy contento
de conocer a alguien
tan valiente como tu, Sepo
—dijo sapo.
De un salto
se metió en el armario
y cerró la puerta.
Sepo se quedó quieto en la cama
y Sapo se quedó quieto en el armario.



Y se quedaron allí
durante mucho tiempo
sintiéndose los dos muy valientes.

El Sueño

Sepo estaba durmiendo
y empezó a soñar.
Soñó que estaba
en un escenario
y que llevaba un disfraz.
Sepo miró hacia la oscuridad
del patio de butacas.
Y allí, en el teatro,
estaba sentado Sapo.
Una extraña voz
que venía de muy lejos dijo:

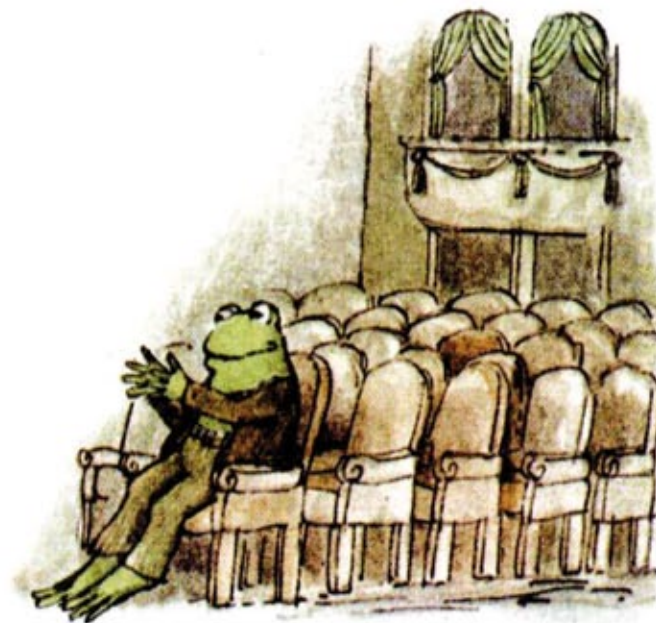


—Les presentamos al más
EXTRAORDINARIO SAPO DEL MUNDO.



Sepo hizo una profunda inclinación
y miró a Sapo.
Sapo parecía haber
disminuido de tamaño cuando gritó:
—¡Bravo, Sepo!

—AHORA SEPO TOCARÁ EL PIANO
MAGNÍFICAMENTE BIEN
—dijo la extraña voz.



Sepo tocó el piano
sin fallar ni una sola nota.
—Oye, Sapo—dijo Sepo—.
¿Puedes tú tocar el piano
así de bien?
—No—contestó Sapo.
A Sepo le pareció
que Sapo se hacía cada vez
más y más pequeño.



—AHORA, SEPO CAMINARÁ POR
UN ALAMBRE TENDIDO EN EL
AIRE Y NO SE CAERÁ
—dijo la voz.

Sepo caminó por el alambre.
—¡Oye, Sapo!—gritó Sepo--.
¿Puedes tú hacer esto?



—No—murmuró Sapo,
que parecía más diminuto
a cada momento.





—AHORA SEPO BAILARÁ
Y LO HARÁ DE FORMA MARAVILLOSA
—dijo la voz.

—Sapo, ¿puedes tú bailar
tan maravillosamente como yo?

—preguntó Sepo.

No hubo respuesta.

Sepo buscó con la mirada
por todo el teatro.

Sapo se había vuelto tan pequeñísimo
que no se le podía ver ni oír.

—¡Sapo!—llamó Sepo—.

¿Dónde estás?

Tampoco esta vez
hubo respuesta.

—Sapo, ¿qué es lo que
he hecho?

—gritó Sepo.



Entonces la voz dijo:
—Y AHORA EL SAPO MÁS
EXTRAORDINARIO...



—¡Cállate!—le gritó Sepo.
Y luego llamó:
—¡Sapo, Sapo!, ¿dónde te has ido?
A Sepo le pareció estar
girando en la oscuridad.
—¡Vuelve, Sapo!—pidió Sepo.
¡Me sentiré solo sin ti!





—¡Estoy aquí!—dijo Sapo.
Sapo estaba de pie junto a la cama de Sepo.
—Despierta, Sepo—dijo.
—¡Sapo!, ¿de verdad eres tú?
—exclamó Sepo.
—Pues claro que soy yo
—contestó Sapo.
—¿Y tienes tu tamaño de siempre?



—Pues sí, creo que sí
—dijo Sapo.
Sapo miró la luz del sol
que entraba por la ventana.
—Sapo—dijo—,
estoy tan contento
de que hayas vuelto.
—Yo siempre vuelvo
—dijo Sapo.



Sapo y Sepo tomaron
un buen desayuno
Y después,
pasaron juntos
un día estupendo.